

1956 - 1967

EL SIONISMO ATACA

Por Armando Elmens

1956-1967

EL SIONISMO ATACA

DEDICATORIA.
ANTECEDENTES.

LOS CONFLICTOS:
Sus causas.
Las campañas.
Ayuda exterior.

CONSECUENCIAS:
Humanas.
Políticas.

SOLUCION.

DEDICATORIA

*En holocausto a todos aquellos hombres
caídos por la causa mundial en su lucha
contra la «RAZA MALDITA POR DIOS».*

Depósito legal: M. 21.320-1967

Gráficas Norte - Magnolias, 49 - Madrid (20)

ANTECEDENTES

El 29 de noviembre de 1947, la Asamblea General de la ONU votó una recomendación sobre Palestina, pidiendo que el Consejo de Seguridad facilitase su partición en un Estado árabe y un Estado judío. Para la ciudad de Jerusalén se preveía un régimen especial bajo control de la misma ONU. El plan de reparto fue aprobado por 33 votos contra 13 y 10 abstenciones.

El plan había previsto que el mandato británico de Palestina terminase el 1 de agosto de 1948; pero Gran Bretaña decidió bruscamente que el 14 de mayo evacuaría el país y pondría fin al mandato, sin haber dejado ninguna autoridad establecida. Esto facilitó a los judíos sionistas dar un golpe de mano.

El 14 de mayo los sionistas proclamaron la independencia de su «Estado» de Israel, al mismo tiempo que atacaban a las ciudades y aldeas árabes indefensas, obligando a huir a sus habitantes. Luego siguió la guerra entre Israel y los Estados árabes contiguos. Israel sólo pudo ganar dicha guerra porque las potencias les obligaron a aceptar unas treguas engañosas para que Israel aumentase sus fuerzas bélicas.

Por último, el 11 de mayo de 1949, la Asamblea Ge-

neral de la ONU decidió aceptar a Israel entre sus miembros por 37 votos contra 10 y 9 abstenciones.

Esta decisión, sin antecedente ninguno en la Historia y única en su género, llamó poderosamente la atención de todo el orbe, que, llevándose las manos a la cabeza, comprendió que esa actitud era el principio de la desmembración del mundo civilizado, ya que, basándose en idénticas razones, habría pueblos que reivindicarían territorios por ellos ocupados o de su propiedad, no ya veintidós siglos atrás, como en el caso de los judíos, sino solamente años, décadas o pequeños lustros.

Algunos, los más vehementes, vieron con agrado en principio esta decisión, pensando que esto traería consigo la devolución a sus pueblos primitivos de todo aquel territorio ocupado a raíz de la segunda guerra mundial. Perso su desilusión fue total al ver que ni tan siquiera la «pobre Polonia», causa justificante de la entrada en guerra por parte de Inglaterra, conseguía la libertad defendida por estos últimos.

Poco a poco, la opinión mundial fue dándose cuenta del alcance y consecuencias que traería este delictivo hecho político, al tiempo que las mentes iban perfilando la explicación de tal suceso; la causa estaba bien clara: «La ONU era un instrumento judío».

Sí, los forjadores de tal organismo no fueron otros que las cuatro potencias aliadas de la segunda guerra mundial: Estados Unidos, con presidentes judíos, como Harry Salomón Truman y Roosevelt; con un Senado for-

mado en su cincuenta y tres por ciento de judíos, y una economía netamente judía, controlada desde la Wall Street de Nueva York. El pueblo francés, esclavo durante siglos de la familia judeo-banquera Rotschild. Inglaterra, con su imperio judío dirigido desde Rusell Street. Y, por último, Rusia, con su condenada doctrina comunista, basada en las teorías del judío Marx, extendidas por los también judíos Troski y Lenin (este último, aunque no es propiamente judío, sí hijo y esposo de judía).

El pueblo árabe, a su vez, se rebeló contra la opinión mundial, si es que así podía llamarse, al ver usurpados sus derechos en la tierra que les vio nacer. Pero el judaísmo internacional, al tiempo que comenzaba a realizar sus ya vistas campañas de «propaganda caritativa», basándose en los daños por ellos sufridos en el transcurso de la segunda guerra mundial, privaba con la misma caridad de hogar y propiedades a todos aquellos pacíficos campesinos árabes que antes ocupaban los territorios por ellos invadidos, creando con esta moderna forma de genocidio la categoría del actual «refugiado árabe», cuyo número llegó a totalizar la fabulosa cifra de millón y cuarto (antes de la represión judía del pasado junio).

Fue entonces tal el estado de desolación creado en la población árabe del actual Israel y sobre los refugiados, que la propia Asamblea General de la ONU se vio obligada, ante la presión de la opinión mundial, a aprobar el 12 de diciembre de 1949 una resolución, en cuyo párrafo tercero se declaraba la necesidad de

«permitir, a los refugiados que lo deseen, regresar a sus hogares lo más pronto posible».

A lo que se añadía:

«deben ser pagadas indemnizaciones, a título de compensación, por los bienes de aquellos que decidan no regresar a sus hogares y por toda propiedad perdida o dañada».

No hay que decir que esa resolución, como la relativa a la división de Palestina, continúa actualmente incumplida; como ya se esperaba que ocurriera a raíz de las declaraciones del judío Walter Eytan, entonces alto funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores israelí y más tarde embajador en París,

«Israel no recibirá nunca a los refugiados árabes».

No contentos aún con esto, los israelitas siguieron realizando actos criminales y de subversión en todas las localidades árabes próximas a la línea de armisticio del año 1949, adoptando como línea política manifiesta «la agresión», constituyendo con ello no sólo una amenaza contra la seguridad árabe, sino también contra la paz mundial, tan vanamente cacareada por ellos.

Sin ir más lejos, sirvan de muestra para verlo las declaraciones hechas a la Prensa por el primer ministro israelí Leví Eshkol, que al término de las hostilidades comenzadas por su pueblo el pasado mes de junio contra los países árabes, se atrevió a decir, con su clásica cantinela beatífica, humilde y pedigüefia de sepulcro blanqueado:

«Consideramos que tenemos más que nunca derecho a la comprensión y a la solidaridad de las naciones del mundo que aman la paz. Resultaría muy triste que el mundo olvidase en menos de una semana quién ha sido el agresor y quién la víctima. Nuestra victoria no cambia las razones originarias y básicas de la actual crisis, las cuales no son otras que los intentos árabes de destruirnos. Estoy convencido de que Israel seguirá gozando de la comprensión y del pleno apoyo moral y material de todos los países amantes de la paz.»

Y posteriormente añadía:

«La cuestión reside en cómo seremos capaces de garantizar nuestra seguridad, que para nosotros significa supervivencia; pero que al propio tiempo representa un peligro para la paz de toda esta región y para la paz del mundo.»

Sin embargo, y para ver la veracidad de sus palabras, demos un repaso, aunque nada más sea por encima, a la realidad de los actos pacifistas realizados por ellos desde 1949; y nos sobraré para ver cuán alto fue el grado de paciencia que ostentaron los países árabes.

Empezaremos diciendo que las agresiones israelíes contra países árabes suman un total de 63.161, dirigidas, respectivamente, contra Egipto (9.289), Siria (34.384), Líbano (328) y Jordania (19.160).

Caben destacar entre ellas: La agresión contra los proyectos hidráulicos árabes sobre la desviación del Jor-

dán. Las anexiones, contraviniendo los convenios de armisticio de 1949, de la localidad de Omm el Rachach. Los ataques contra la zona desmilitarizada de Oga, expulsando a 15.000 de sus habitantes; contra Tebia en 1953 y contra la localidad de Al Sumu y pueblos contiguos en 1966. Los bombardeos de la zona de Hamma en 1951, la incursión aérea contra Gaza en 1955 y la ocupación de la zona de Bir Katar en 1956.

Igualmente, en el campo político merecen especial mención los siguientes hechos: Asesinato del conde Folk Bernardotte, mediador internacional de Palestina, y el traslado de algunos Ministerios, al igual que de armamento pesado, a Jerusalén, contraviniendo con esto último las resoluciones de la Asamblea General de «su» organismo internacional ONU.

Todos estos hechos nos muestran bien a las claras cuál ha sido siempre el fin primario de la política agresiva de Israel con sus vecinos, por ellos expropiados; la creación de su «imperialismo mundial», que como a «raza elegida», según ellos, les pertenece. Creando, para obtener dicho fin, tensiones como las anteriores, que en el caso de los años 56 y 67, como seguidamente veremos, les sirvió, con ayuda de sus discípulos los aliados, para obtener salida al mar Rojo y libertad de paso por el Canal de Suez en el primero de dichos años y cuadruplicar su territorio en el segundo.

LOS CONFLICTOS

SUS CAUSAS

Los dos conflictos árabe-israelíes, tema central de este libreto, tuvieron sus causas primarias, que fueron motivo suficiente para hacer estallar el ya incandescente letargo expansionista de Israel, y que veremos a continuación.

El primer conflicto, es decir, el del año 1956, fue motivado por la nacionalización del Canal de Suez por parte del Gobierno egipcio. Esta medida, como los judíos bien suponían, produciría, en el caso de ser tomada, la prohibición absoluta de paso a los barcos israelitas por el Canal, siempre y cuando Israel no se comprometiera a «atender las reclamaciones de todos los refugiados árabes» y «cesara en sus hostilidades, replegándose tras la línea de armisticio». Este veto, hasta entonces no se le había podido imponer, dada la circunstancia de que aquel Canal era regentado por una compañía anglofrancesa.

Haciendo una breve historia del Canal, señalaremos entre otras cosas que el 30 de noviembre de 1854 se firmó en El Cairo, por parte del virrey Mohamed Said Pacha,

el documento por el cual se otorgaba la concesión de las obras del Canal. Diremos que dicho documento fue firmado, no por refrendo del pueblo egipcio, sino por un Gobierno que en aquella época no era sino un títere de los ingleses.

No obstante, en dicho documento se especificaba, entre otras cosas, que su explotación sería solamente de noventa y nueve años, y que el Gobierno egipcio solamente percibiría el quince por ciento sobre la ganancia producida por el peaje del Canal. Se añadía igualmente que las fortificaciones que el Gobierno deseara construir a lo largo del Canal podría hacerlas libremente, y serían independientes de la compañía explotadora. Terminaba diciendo que el Gobierno egipcio, al expirar la concesión, sustituiría a la compañía, gozando sin reserva de todos sus derechos y entrando en plena posesión del Canal, de los dos mares y de todas las instalaciones anejas al mismo.

Más tarde, el 19 de octubre de 1954, se firmó en El Cairo un acuerdo anglo-egipcio sobre el Canal, en el cual se daban por concluidos los privilegios de las fuerzas británicas en Egipto, al igual que todos los acuerdos firmados al efecto, asegurando igualmente la utilización de todas las bases existentes por parte de Inglaterra en caso de ataque militar a cualquiera de las partes; es decir, un tratado de defensa mutua.

Por fin, el 26 de julio de 1956 Nasser pronunció en Alejandría el discurso en el que declaraba la nacionalización de la compañía del Canal de Suez; en el cual, entre otras cosas, dijo:

«Hasta ahora, la compañía se consideraba como compañía internacional; es decir, un Estado dentro del Estado.»

«Las diferencias que surgen entre la compañía y las restantes instituciones deben resolverlas los tribunales egipcios.»

«La amistad que ha reinado durante la excavación del Canal ha tenido como resultado la ocupación de Egipto en 1882. Egipto vióse obligada a vender su parte, que fue comprada por Inglaterra, e Ismailía renunció a los beneficios de Egipto. Así, pues, las acciones tomadas por Inglaterra pasaron a su poder sin ningún reembolso.»

«Les hemos dicho que queríamos conocer sus puntos de vista con respecto a Palestina y a los refugiados árabes, y se nos ha respondido que ésa era una cuestión que discutiríamos posteriormente, y, concretamente en cuanto a los refugiados, que se les daría dinero. Estas potencias no saben que todo no puede comprarse ni venderse. Ignoran que nuestra tierra es tan querida que no podemos evaluarla. En mayo de 1948 han querido destruir todo nacionalismo árabe, desde el Golfo Pérsico hasta el Atlántico. Ha sido necesario procurarse armas por cualesquiera medios, a fin de que no quedemos al arbitrio de nuestros enemigos y bajo la amenaza de Israel y de los amigos de Israel. Además, ¿quién os ha nombrado nuestros tutores? ¿Quién os ha pedido que os ocupéis de nuestros asuntos?»

A su vez, el 28 de julio añadía las siguientes palabras:

«Cumplimos un acto que corresponde entera y absolutamente con nuestra independencia. La compañía del Canal de Suez es una sociedad anónima egipcia, a la que el Gobierno egipcio autorizó en 1858 para ocuparse de la dirección del servicio de navegación marítima, y a la que hoy el Gobierno egipcio retira ese mandato. Cuando retiramos el mandato, vamos a compensar a los accionistas y a los portadores de títulos de fundación. No vamos a hacer como han hecho los ingleses raptos. Inglaterra nos había raptado, en el pasado, el cuarenta y cuatro por ciento de las acciones. Así es que no haremos como ellos. Olvidamos el pasado y nos proponemos compensarlos.

¿Qué diferencia hay en que el Canal sea nuestro hoy o de aquí a doce años? Los ingleses pretenden que con eso sufrirá la navegación; pero conocemos demasiado bien esas maniobras. ¿Cree acaso que somos una parte de la Corona británica? ¿Cree tal vez que formamos parte del imperialismo británico? Egipto es libre y protegerá su soberanía, su libertad y su independencia.»

Todos estos actos, propios de una nación independiente que se precie de serlo y que no admite el colonialismo extranjero sobre sus territorios soberanos, trajeron consigo los actos de agresión de que fue objeto la nación egipcia en el transcurso del mes de noviembre del año 56, que más tarde veremos.

Paralelamente a esta actitud, y no contentos los ju-
díos con lo obtenido el año 56, estudiaron un amplio
plan de conquistas territoriales que culminó el pasado
mes de mayo, en el transcurso del cual Israel pensó ata-
car el suelo sirio.

Refiriéndose a esto, el presidente Nasser declaró el
pasado mes de junio, tras la agresión:

«El 15 del pasado mes de mayo era evidente, por
las declaraciones del enemigo, que Israel pensaba
atacar Siria. Estas informaciones fueron corrobora-
das por los informes obtenidos por nuestros
hermanos sirios y por nuestros propios servicios
de información. Nuestros amigos de la Unión So-
viética informaron a la Delegación Parlamentaria
que visitó Moscú, a primeros del mes pasado, que
existía una intención premeditada de atacar Siria.
Era nuestro deber no permanecer con los brazos
cruzados. Era un deber de solidaridad árabe, pero
también una garantía para nuestra seguridad na-
cional. Era evidente que quien comenzaba atacan-
do a Siria terminaría por atacar a Egipto. Nues-
tras fuerzas armadas se dirigieron a nuestras fron-
teras. Esto tuvo como consecuencia la retirada de
las fuerzas de urgencia de la ONU y la instalación
de nuestras fuerzas en Charm El Cheik, cerca del
estrecho de Tirán, que el enemigo israelí utilizaba
desde la agresión del año 1956.»

Fue por esto, y no hago sino repetir las palabras del
presidente, por lo que Egipto organizó inmediatamente

la defensa de su territorio, concentrando, al igual que los judíos en Siria, sus tropas en las fronteras del país y cerrando automáticamente los estrechos de Tirán, situados en aguas jurisdiccionales egipcias y ruta principal del abastecimiento israelita de petróleo y de una parte de sus armamentos. Decisión que obligó a declarar al jefe del Gobierno israelí, Leví Eshkol:

«El Gobierno israelí reafirma que la prohibición de los estrechos de Tirán a la navegación israelí constituye un acto de agresión contra Israel.»

Protesta ésta que fue admitida y coreada por toda la población mundial, que pareció ignorar el «Convenio sobre la mar territorial y la zona contigua», suscrito en Ginebra el 29 de abril de 1958, y en el cual, en el párrafo primero del artículo 16, se especifica que:

«El Estado ribereño puede tomar, en la mar territorial, las medidas necesarias para impedir todo paso que no sea inofensivo.»

Subrayando a su vez en el artículo tercero, que ese Estado:

«Sin establecer discriminaciones entre los navíos extranjeros, puede suspender temporalmente, en zonas determinadas de su mar territorial, el ejercicio del derecho de paso inofensivo de navíos extranjeros si esta suspensión es indispensable para la protección de su seguridad. La suspensión no tendrá efecto más que después de haber sido debidamente anunciada.»

Al adoptar Egipto esta postura, lo único que intentó conseguir no fue sino un arreglo pacífico de la crisis entonces existente, con vistas a que bajo esta presión los israelitas retiraran sus tropas de la frontera siria. Pero el militarismo judío, muy por el contrario, adoptó una postura ofensiva, que culminó con el ataque a los países árabes del pasado mes de junio.

LAS CAMPAÑAS

En la noche del 29 al 30 de octubre de 1956, las tropas israelitas, aprovechando la tensión de guerra existente por parte de Francia e Inglaterra hacia Egipto, desencadenaron un ataque contra la Península del Sinaí, dirigiéndose rápidamente en dirección al Canal de Suez, a la vez que eran lanzados paracaidistas cerca de dicho Canal.

El día 1, las fuerzas judías controlaban ya la casi totalidad de la Península del Sinaí, exceptuando algunas localidades aisladas.

Para terminar, Israel, el 2 de noviembre, inició una ofensiva en punta desde tres direcciones hacia la zona del Canal de Suez, que culminó el 3 de noviembre, al alcanzar con éxito la distancia de 16 kilómetros al este del Canal que fijaba el ultimátum anglo-francés.

De la misma manera el día 5 de junio de 1967, no mucho más tarde de las seis y media salieron de Israel casi todos los aviones disponibles. Volaron sobre el Mediterráneo a quince metros de altura sobre el nivel del mar, para no acusar huella en el radar. Marcharon en línea recta, dejando a la izquierda El Cairo y Alejandría, y

entraron en Egipto, sobre las arenas del desierto, volando a ras de tierra. Allí dieron la vuelta en redondo y se dirigieron hacia los veinticinco aeródromos donde estaba concentrada la aviación egipcia, y en los cuales, los aviones Mig estaban junto a otros aviones de madera. En veinte minutos, los aviones alcanzaron los aeródromos, cuyos equipos de radar se encontraban orientados hacia el Este y sin perder ni un segundo, dispararon sobre los motores de los aviones situados en el suelo, sin que ni un solo impacto diera en los aviones de madera.

A partir de ese momento, y una vez destruida la casi totalidad de la aviación egipcia, comenzaron igualmente las hostilidades en el frente de Gaza y el Sinaí, con el ataque judío que rompió en Rafiah la franja de Gaza, a la vez que otras fuerzas avanzaban hacia El Arisch.

Igualmente, las tropas del Neguev se dirigieron hacia el paso de Mitla para de esta manera cortar la retirada a los egipcios, que se dirigían al Canal de Suez. Esta maniobra estuvo apoyada por la columna procedente de Elat, que fue la primera en alcanzar dicho paso.

Debido a esto, y a que la batalla de tanques entre árabes y judíos, desarrollada en el sector del Sinaí, terminó con la completa derrota de los primeros, al estar éstos desprovistos de protección aérea, la guarnición egipcia de Sharm el Sheik se vio obligada a abandonar su posición, para evitar ser copada, siendo dicha posición ocupada inmediatamente por paracaidistas judíos.

De esta manera continuaron las hostilidades hasta el día 16, en que los judíos, no contentos con la ocupación del territorio egipcio del Sinaí, Gaza y el Golfo de Akaba, ocupaban igualmente la margen izquierda del Jordán, la ciudad vieja de Jerusalén y parte del territorio sirio.

AYUDA EXTERIOR

Como todo lector habrá podido observar en el anterior apartado, ambos conflictos, aun siendo esperados por los árabes, se caracterizan por un factor común: «la resonante victoria relámpago» de los judíos; victoria conseguida no ya por ellos, sino por la injusta ayuda exterior de las cuatro potencias, que hizo exclamar al presidente Nasser, a raíz del último conflicto, las siguientes palabras:

«El pueblo judío ha sido el agresor... Hay una conspiración tripartita, como en 1956... El orgullo árabe está en lucha contra esa conspiración.»

Vamos, pues, a pasar a demostrar esta afirmación, para lo cual, sencilla y únicamente, voy a ceñirme a enumerar una serie de datos que por sí solos bastan para certificar el título de este apartado.

Si nos referimos primeramente a Rusia, la aparente potencia amiga de los árabes, veremos que el 2 de julio de 1956, el entonces primer ministro Kruschev declaraba:

«Una guerra entre Israel y los países árabes desencadenaría una tercera guerra mundial.»

A lo que añadía:

«El tiempo trabaja en favor de los árabes, y éstos deben tener paciencia, reforzarse y esforzarse en mantener la paz en el Próximo Oriente.»

Sin embargo, al día siguiente, es decir, el 3 de julio de 1956, la URSS concluía un importante acuerdo comercial con el Estado de Israel, según el cual, la URSS cedería la cantidad de 20 millones de dólares en petróleo bruto durante el transcurso de los dos años siguientes.

Idénticas palabras fueron pronunciadas por Kossyguin al comienzo del último conflicto; pero en vez de ayudar a Israel con petróleo, en esta ocasión le ayudó pidiendo a Egipto, por medio de un mensaje entregado personalmente por el embajador soviético en El Cairo al presidente Nasser, a las tres y media de la mañana del día 26 de mayo, «no ser los primeros en desencadenar las hostilidades», prometiendo a cambio una ayuda militar que, sin embargo, fue olvidada en los momentos de lucha.

Este acto motivó que Hnesit Nase, ministro de Asuntos Exteriores albanés, calificase a Kossyguin de «celoso aliado del imperialismo norteamericano», añadiendo en su breve discurso ante la Asamblea General celebrada a raíz del conflicto que Kossyguin:

«tiene una gran responsabilidad en el acto de agresión cometido por Israel contra los árabes».

Afirmando igualmente en el mismo discurso que:

«Kossyguin había presentado la resolución soviética (en dicha Asamblea) para confundir a la opinión mundial y levantar su prestigio, que había descendido a causa de su traición a los pueblos árabes».

Este proceder ruso es una acción que los egipcios no perdonan a los soviéticos, y que en plan irónico hizo exclamar a un diplomático árabe, de los pocos que no ponían en duda la buena fe de Moscú y destinado en París, las siguientes palabras:

«Lo que reprocho a los rusos es su candidez. ¿Cómo no saben que, sea quien fuere el que empieza, a la postre no hay más agresor que el que pierde? ¿Cómo ha podido ocurrir que, con todo su espionaje, ignorasen que los judíos iban a desencadenar ese día un ataque de esa clase? ¿Cómo han podido pensar que las potencias que siempre han sostenido a Israel iban a ponerse de nuestra parte al vernos atacados? ¿Cómo pensaban que podríamos defendernos después de habernos destruido la mayor parte de nuestra aviación en el suelo?».

Pasemos, pues, seguidamente, a ver las maniobras realizadas por la otra «gran potencia», Estados Unidos: El 14 de octubre de 1956, su embajador en El Cairo conversó una hora con el presidente Nasser para persuadirle de que no entrara en guerra, al igual que hizo este año

el presidente Johnson entregando un mensaje personal, con destino al presidente Nasser, al embajador de la RAU en dicho país el 26 de mayo y en el cual los términos y conclusiones eran las mismas que se mantuvieron en la antedicha entrevista del 56.

Sin embargo, veamos lo que posteriormente pasó: El 27 de octubre de 1956, el entonces presidente de los Estados Unidos, Eisenhower, envió un mensaje a Israel, tras el cual, el día 28, los israelitas realizaban una movilización parcial. Inmediatamente después, es decir, al día siguiente, 29 de octubre, la VI flota americana se encontraba en el Mediterráneo oriental.

La acción anglo-americana no fue sino una repetición de la acción franco-inglesa del año 56, aunque esta última fuese más directa. En aquella ocasión, tras acceder el Gobierno británico, el 29 de octubre, a que un gran contingente de tropas francesas se acantonase en Chipre, ambas fuerzas desencadenaron conjuntamente, el día 30, al tiempo que las tropas egipcias peleaban en el Sinaí, un ataque sorpresa, ocupando, con la disculpa de «asegurar la libertad de navegación por el canal», las ciudades de Ismailíya y Port-Said. Al día siguiente, es decir, el día 1, continuaron su agresión, realizando, con sus aviones a reacción, ataques contra los depósitos petrolíferos, El Cairo y contra las fuerzas terrestres que cruzaban el Canal, alcanzando en esta última acción a una unidad naval, que, a consecuencia de ello, embarrancó, obstruyendo el Canal.

En esta segunda campaña, sin embargo, fue a Francia a la que le correspondió adoptar una postura de no intervención en el conflicto, al igual que lo hiciera Estados Unidos en el año 1956; pero, sin embargo, sabemos, por una noticia fechada en París el 26 de junio, que:

«El material y armamento israelí procede, en su casi totalidad (más del 70 por 100, según estadísticas facilitadas en Tel-Aviv antes del conflicto del pasado día 5 de junio), de las factorías francesas de Marcel Dassault, Du-Aviation Omatra.

Las compras israelíes abarcan desde los aviones «civiles» Caravelle y Breguet, hasta las series de cazas y bombarderos supersónicos «Mystere» y «Mirage», pasando por los blindados «AMX» y «Panhard», y la gama de ingenios y cohetes «Matra».

Aparte de estas informaciones, ya enumeradas y que prueban bien a las claras y sin género de dudas la participación tripartita denunciada por Nasser en su declaración expuesta al principio de este capítulo, cabe igualmente destacar la postura obligatoriamente adoptada por el Gobierno de la República Federal alemana, que, bajo las presiones de los cuatro gobiernos títeres de Israel, que la ocupan, tuvo, aun sabiendo los males que dicha nación debe a los judíos, que enviarles 20.000 máscaras antigás y declarar oficialmente el 5 de junio por boca del burgomaestre Albertz las siguientes palabras:

«Las simpatías de Berlín están con Israel. Nuestros pensamientos van al pueblo israelí, que lucha por su existencia, y especialmente a los ciudadanos de Israel que fueron expulsados de nuestra ciudad por los nazis.»

Todo esto solamente nos conduce a una conclusión; la única cierta y verdadera: «Los árabes no sólo lucharon contra Israel, sino contra las cuatro potencias».

CONSECUENCIAS

HUMANAS

Como ya expliqué en el primer capítulo, al referirme a los antecedentes, las atrocidades cometidas a los árabes por Israel a raíz del primer conflicto del 56, voy ahora a ceñirme únicamente a realizar una ligera exposición de las injusticias perpetradas por los judíos de todo el mundo antes, durante y después de la última campaña.

Empezaremos por ver las dos grandes campañas propagandísticas realizadas antes del comienzo de las hostilidades en Londres y París: En la primera de ellas, realizada el 30 de mayo, el rabino principal de la Gran Bretaña, Dr. Jakobovits, lanzó un llamamiento a la diáspora judía en el curso de dicha concentración, que fue convocada por la Junta de Diputados del Judaísmo Británico. En dicho llamamiento —que exponemos a continuación— es de destacar el cinismo con el que confirma que todos los judíos, estén donde estén nacidos, son únicamente de nacionalidad judía, estando, por ello, obligados «no a preocuparse de los problemas de la nación que les da su nacionalidad», sino de los de Israel. He aquí sus palabras:

«Necesitamos algo para asegurarnos de que no habrá un solo judío en el mundo que se hurte a su deber. Es necesaria la creación de un organismo que imponga, quizás, un impuesto para cada miembro de la comunidad, y que organice un servicio juvenil que mediante una simple llamada telefónica estén prestos a responder.

No bastan los llamamientos piadosos ni los rezos, ni mucho menos los fondos monetarios, sino que las comunidades judías de la Gran Bretaña, América y Australia y de dondequiera que estuvieran los judíos debían firmar también tratados de defensa mutua con Israel. Si nos lo piden, allí estaremos a sus órdenes. No permitiremos la estrangulación económica o militar de Israel. Los judíos vamos a tener al menos la misma manifestación de unidad que los árabes han hecho creer al mundo que poseen.»

El Dr. Inmanuel Jakobovits concluyó su llamamiento diciendo que:

«Lo que estaba en juego no eran tan sólo la existencia del pueblo y la tierra de Israel, sino el destino del pueblo judío en el mundo entero.»

A raíz de estas declaraciones, los estudiantes judíos de la Universidad de Oxford fueron requeridos por la Sociedad Judía Estudiantil para que se presentasen voluntarios a trabajar en Israel.

De la misma manera, el 31 de mayo, en París, se realizó una concentración en favor de Israel de más de

10.000 personas en el popular barrio de la República, que se dirigió posteriormente a la plaza de Israel, frente a la embajada del Estado judío. Asistieron a esta manifestación altas personalidades de la vida política, militar, económica e intelectual de Francia, así como gran número de conocidos artistas de varias nacionalidades, los cuales, a petición de las personas congregadas en la plaza, hicieron una breve aparición en el balcón de la embajada.

Personalidades y artistas que, debido a lo ignominioso de su acción y por dar apoyo a los crímenes de Israel, me complazco en enumerar seguidamente a los lectores. Entre los artistas: el español Luis Mariano, el turco Darío Moreno, el pianista Arthur Rubinstein, los cantantes Johny Hallyday, Sylvie Vartan, Richard Anthony, Regine. Guy Beart; la israelí Rika Zarai (teniente del ejército de Israel); los actores Michel Simón, Alain Delon y el director de cine Claude Lelouch.

Mientras, el comité francés de solidaridad con Israel organizaba una reunión en el «Cirque D'hiver», bajo la presidencia del general Koenig, a la que asistían 6.000 personas judías de diferentes nacionalidades. Las mujeres y hombres que no pudieron penetrar en el recinto cantaban entretanto, y en plena vía pública, los himnos francés e israelí.

Posteriormente, el 6 de junio, ya iniciadas las hostilidades aparecieron en varios periódicos matutinos de París firmas en apoyo al llamamiento dirigido por Israel pertenecientes a muchas personalidades destacadas de

Francia. Entre los firmantes se encontraban: Jacqueline Auriol, el piloto Gaston Deferre; un dirigente socialista, Valery Giscard D'Estaing, jefe de una importante sección del bloque degaullista en el Parlamento; la actriz Juliette Greco, Jean Lecanuet, el dirigente político del centro; el ex primer ministro Pierre Mendes-France, el dirigente de la Federación Izquierdista Francois Mitterand, el cantante Ives Montand, la actriz Michele Morgan y su colega Simone Signoret, así como el explorador Paul-Emile Victor.

Igualmente, al día siguiente, 7 de junio, en Nueva York, los actores y actrices del estrellato de la pantalla, así como algunos de los más destacados cantantes de los Estados Unidos, crearon una cruzada con el nombre de «Estrellas para Israel», con la cual respaldaron un programa, cuyo fin era el de recaudar fondos de «Carácter Urgente» para ayudar a Israel. Entre ellos se encontraban: Harry Belafonte, Claire Bloom, Maurice Chevalier, Perry Como, Bob Hope, Danny Kaye, Melina Mercuri, Gregory Peck, Sidney Poitier, Bárbara Streisand y Peter Ustinov.

La recaudación del espectáculo dominical que decidieron montar dijeron «contribuiría a asegurar la continuación de un gran programa humanitario». Las localidades para dicho espectáculo se vendieron a precios que oscilaban entre los 10 y los 100 dólares.

Dicha cruzada fue igualmente apoyada posteriormente por: el filósofo Hannah Arendt, el director cinematográfico Elia Kazan, los dirigentes de los derechos ci-

viles Jack Greenberg y Whitney Young, el científico Albert Sabin y los profesores Daniel Bell, de la Universidad de Columbia; Theodore Draper, de Stanford; Andrew Hacker, de Cornell, y Lionel Trilling, de Columbia.

El dinero por éstos recaudado, que ascendió a la estimable suma de 50 millones de dólares —unos 3.000 millones de pesetas—, en vez de ser entregado a los países árabes, que fueron los que sufrieron la derrota, fue dado a Israel.

Este dinero se dijo oficialmente por un portavoz del Consejo Municipal de Jerusalén que sería destinado, sin embargo, a la restauración de los Santos Lugares de la Ciudad Vieja de Jerusalén, con el propósito de:

«Devolverles su esencia judía de los antiguos tiempos.»

Para dar comienzo a esta obra, los soldados de Dayan derribaron las casas que se levantaban en una hectárea de terreno frente al muro de las lamentaciones, dando para ello a sus habitantes únicamente dos horas de plazo para abandonarlas.

Después de este suceso, el ministro de Defensa israelí, Moshe Dayan, tuvo todavía la osadía de decir, alegando no poseer dinero para ello, las siguientes palabras:

«La ocupación de los territorios conquistados por Israel no planteará ningún problema de orden militar. En cambio se plantearán problemas sociales

y económicos, a causa, en particular, de la presencia de más de millón y medio de árabes en la región situada en el margen Oeste del Jordán. Para resolverlos, una ayuda y una cooperación de otras potencias será necesaria. Está excluido el asimilarlos en el seno de Israel, que correría así el riesgo de tornarse en una nación judeo-árabe, cuando todos los israelitas quieren un Estado judío.»

Esta ayuda prestada a los judíos, que sirvió para este inhumano fin, y las palabras de Moshe Dayan, motivaron que el famoso filósofo británico Bertrand Russell dijera:

«Los que a justo título simpatizan con las víctimas judías de la agresión hitleriana en Europa no deberían partir del principio de que la supervivencia de Israel y una política de conquista territorial constituyen una sola y misma cosa.»

Pero la criminalidad judía no paró ahí, pues no contentos aún con las víctimas dolorosamente mutiladas en el frente a causa de las bombas de napalm —por ellos utilizadas, contraviniendo los actuales acuerdos de Ginebra—, siguieron provocando víctimas entre la humilde población civil, que huía de las zonas atacadas u ocupadas por sus tropas. Sirva para ejemplo el relato hecho a los periodistas por Yussef Al Najjar, antiguo maestro de escuela en el sector jordano ocupado actualmente por Israel, que comenzó la huida con otros 14 miembros

de su familia, de los cuales a su padre y madrastra perdió en la carretera:

«Había enormes procesiones de mujeres, niños y ancianos a lo largo de las carreteras, en los valles y en lo alto de las montañas. Todos estábamos vencidos por el cansancio y el temor. Los aviones israelíes ametrallaban a menudo a los refugiados en la carretera de Jericó a Jerusalén, sembrando la destrucción e incendiando. Cuando atacaban los aviones nos arrojábamos al suelo. Reanudábamos nuestro camino cuando se alejaban. Muchos quedaban en un charco de sangre. Algunos eran heridos mortalmente y otros continuaban la marcha a pesar de sus heridas.

Durante la noche —dijo Al Najjar—, los aviones israelíes usaban bengalas antes de atacar las columnas de refugiados. A todo lo largo del camino podíamos ver cenizas y huesos calcinados como resultado de las bombas incendiarias lanzadas por los aviones. Sin embargo, nuestra calamidad es más ligera que la de otros. Yo vi en Jericó a un hombre que buscaba a sus hijos, que habían subido en un camión, de los que no tenía rastro. Más tarde supe que se le dijo en Amman, unos días después, que el camión, con todos sus ocupantes había ardiendo como resultado de un ataque de los aviones a lo largo del camino.»

He aquí, pues, breve y concisamente expuestos, cuáles fueron las consecuencias funestas que trajeron con-

sigo ambas luchas sobre la pobre e indefensa población árabe, debidas a la inconsciencia de unos hombres «caritativos», que subvencionaron y apoyaron estas carreras de los Cuatro Jinetes del Apocalipsis, que se encarnaron en su pueblo judío.

POLITICAS

Es pronto quizá para poder enumerar las consecuencias políticas de este último ataque sionista a los árabes; señalemos, sin embargo, y antes de repasar las consecuencias políticas del año 1956, los dos hechos más importantes que por ahora han sucedido tras el ataque del pasado mes de junio.

Uno de estos hechos es la entrevista Johnson-Kosyguin. de la que no sabemos nada, ya que, aparte de no hacerse ningún comentario al respecto, se celebró a puerta cerrada, lo que hace suponer que ambos estadistas fijaran los puntos de su actuación a seguir en la comedia por ellos representada delante de los pueblos árabes.

El otro suceso digno de destacar es la declaración hecha por Moshe Dayan, en la cual, entre otras cosas, dijo:

«Mi país no debería devolver jamás la zona de Gaza ni el margen izquierdo del Jordán a Jordania. Israel deberá conservar el control de Jerusalén, asegurando la libertad de todos los cul-

cos en la ciudad. Nos quedaremos sencillamente donde estamos.»

«La finalidad de la guerra ha sido para Israel el asegurarse el libre paso en el estrecho de Tirán. Las fuerzas israelíes deberán permanecer en Charm el Cheij, en la entrada del Golfo de Akaba, en tanto Israel no haya obtenido firmes garantías para el libre paso de sus barcos en dirección a Eilath.»

Afirmando que no recordaba de «ningún problema que haya sido resuelto por las Naciones Unidas o por la diplomacia» en Oriente Medio, el general Dayan añadió: «Creo que nos apañaremos mejor sin mediación alguna.» Con estas palabras no hacía sino negar cualquier resolución de la O. N. U. o de cualquier otro país que fuera tomada con relación a los ataques por ellos perpetrados.

Asimismo dio, con estas mismas declaraciones, a entender que el fin real de la lucha no había sido otro más que el de ampliar sus territorios, ya que el libre paso de sus embarcaciones por el Golfo de Akaba les fue concedido a raíz del conflicto del año 1956, comprometiéndose igualmente Egipto a respetar las cláusulas del armisticio con Israel, lo cual no impidió, sin embargo, que los israelitas siguieran ocupando dos localidades egipcias de la costa occidental del Golfo de Akaba, aun después de las 13 resoluciones tomadas al respecto en las Naciones Unidas desde el 4 de octubre al 7 de noviembre de dicho año.

SOLUCION

Llegados a este punto, creo que no es obvio que presente detalladamente cuál ha de ser la única solución aplicable a este foco de lucha que es el Oriente Medio, ya que ella empezará a nacer de manera unisona en la mente de todos los lectores.

Es fácil de comprender que a la Historia no se la puede hacer cambiar su rumbo, ya que es un hecho que evoluciona al mismo ritmo que la cultura y civilización del hombre.

Los judíos han intentado variar su curso, pero ella por sí misma tiende a volver a su antiguo cauce, sean cuales sean las clases y número de obstáculos que se la pongan.

Por eso es por lo que la única solución a corto o largo plazo habrá de ser la devolución a sus legítimos dueños, los árabes, del territorio de Palestina, que les fue usurpado, y mientras esto no sea comprendido por el Concierto de las naciones, es decir, la O. N. U., será ella la culpable, y nadie más, de cualquier catástrofe que se siga derivando de este amargo suceso.

Si esto se hiciera, volveríamos a ver la nación próspera de Palestina, en la que, con un gobierno árabe, podría vivir, al igual que ocurriera antes de 1948, todo aquel ser humano, sea cual fuere su religión o su raza, es decir, incluso los judíos.